

CAPÍTULO XXI

Honda. — Consecuencias de la democracia. — La municipalidad. — Cuestion del crucifijo. — Nunca es tan invadido el derecho de propiedad como bajo los gobiernos que mas decantan principios avanzados de libertad. — Hospital. — Escuela. — Las ruinas de San Francisco. — Ruinas de un convento de agustinos. — Navegacion del Magdalena. — Los habitantes de los bosques. — Henáres. — Mompos. — Excesos de la democracia en Ocaña que se repetian en Mompos. — Calamar. — Conversacion de unos negros. — Su juicio sobre materias de gobierno. — San Estanislao.

¿Adónde va esa muchedumbre que con altiva frente niega á la autoridad sus derechos sacrosantos, á las leyes su augusto poder y á los ciudadanos las garantías que aquellas les otorgan en todos los pueblos de la tierra? ¿Adónde va esa muchedumbre sin ideas de sociedad ni de gobierno, sin principios y sin instruccion, que puedan contener el furor de sus pasiones impetuosas? ¿Adónde, en fin, va esa muchedumbre en cuya imaginacion ardiente se han hecho brillar teorías que á todo trance quieren poner en accion y que practicadas entronizarán el monstruo de la barbarie sobre las ruinas de la sociedad? Esa muchedumbre marcha al abismo que

le abrieron los que halagaron sus pasiones; sin magistrados capaces de reprimir sus excesos, sin leyes que castiguen sus delitos y sin conciencia de los deberes que le obligan, recorrerá velozmente la escala de todos los crímenes, pisoteará impunemente todas las instituciones, derribará el monumento glorioso que sus mayores fabricaron en las leyes justas y moderadas que rigen al Estado, y constituido en juez de sus acciones cada individuo y en magistrado cada ciudadano, la república perecerá ahogada por la anarquía y la sociedad se transformará en un caos. ¡Cuántas veces hice estas reflexiones en presencia de los sucesos repugnantes que me ofrecian algunos pueblos del Magdalena donde han hecho mayor número de prosélitos las doctrinas disolventes del liberalismo rojo! Conjurados los ciudadanos contra toda autoridad, la resisten violentamente, trabajan infatigables por desprestigiarla y levantan contra el ejercicio de su poder toda suerte de obstáculos. En Honda vi á un hombre decente que golpeaba furiosamente á otro y que gritando decia á los que procuraban impedir que acabase con la vida de su adversario: « Dejadme, pues que no hay jueces que castiguen á los malvados, yo castigaré á este que he sorprendido manchando mi honor en mi propia casa. » Efectivamente, hacia muchos dias que habia sido cerrado el juzgado, á consecuencia de haber los vecinos rehusado pagar la contribucion y de no existir fondos de que echar mano para satisfacer el sueldo á sus empleados (1). El prurito de variar todas las leyes y

(1) Honda, Setiembre 1º de 1857.

« A consecuencia de no haberse pagado la contribucion provincial y no

alterar todo lo establecido en épocas de mas calma y en que los hombres obraban, si no con mas luces al ménos con mayor madurez, acarreó esa penuria suma en las rentas que ponía en graves conflictos el órden y la moral del Estado. Mas no se piense que esta situacion alarmaba á los hombres que la habian provocado; no, muy léjos de eso, los que llevaban la voz en el gobierno y en el consejo municipal se empeñaban en sostener « que la administracion de justicia debe ser pagada por los ciudadanos directamente, que deben gozar de sus beneficios los que paguen la contribucion establecida con ese objeto, y excluidos aquellos que la rehusen. A primera vista se perciben los graves inconvenientes que trae á la sociedad este sistema; Honda los experimenta y como ella los experimentan tambien todos los pueblos del Magdalena donde habia prevalecido aquel mal sistema de gobierno.

Y miéntras tanto, ¿en qué se ocupaba la municipalidad de Honda, cuyas atribuciones absorben casi todos los ramos del gobierno de la provincia? Se ocupaba en cuestiones eclesiásticas, mostrando que aun en la democracia de los Estados de la América española reina ese prurito de dominar á la Iglesia, de disputarle sus derechos y subyugarla como á esclava. Oigamos la cuestion que mas acaloradamente se agitaba en la municipalidad de Honda. Existia un cementerio fruto de los cuidados de la Iglesia en beneficio de sus fieles, mejor que de los desvelos del

existir fondos para pagar ni un sueldo al secretario de este juzgado, dicho empleado renunció á su destino, y no habiendo individuo alguno que quisiera hacerse cargo de él, se ha cerrado desde esta fecha el juzgado. » — Antonio G. Riborn.

municipio por atender á las necesidades de los pueblos; la municipalidad que no tenia rentas ni para pagar los empleados del juzgado, diviso en los derechos de sepultura un ingreso para sus arcas y desde luego se apoderó de ellos, declarando al cementerio propiedad de la ciudad. No contenta con este primer atentado, cometió un segundo ordenando que los individuos de sectas disidentes fuesen sepultados en el mismo recinto que la Iglesia católica reserva por leyes terminantes para sus fieles, y por último quiso tambien que la capilla católica que existía en aquel sirviese con igualdad para todos los ritos. La autoridad eclesiástica reclamó contra todos estos atentados y pidió se le conservase en su propiedad que le garantizaban el derecho y la religion de los ciudadanos; empero, ¿qué vale el derecho de propiedad para los que decantan aquellos principios tan avanzados en política? Nunca es mas conculcado, ni jamas ménos respetado como cuando en el consejo del gobierno, ó á la cabeza de la administracion de los negocios públicos, se encuentran individuos que profesan principios revolucionarios. Para estos hombres, la propiedad no puede existir sino en quien ellos quieren, y la proteccion que la justicia debe á uno de los derechos mas sagrados que reconoce la naturaleza, no la otorgan sino cuando conviene á intereses mezquinos, ó cuando el caso en que se reclama está en armonía con sus doctrinas extraviadas. En el que nos ocupa, la Iglesia no tuvo proteccion y el acuerdo municipal fué ejecutado del modo mas absoluto.

Ocurrieron en el discurso de este negocio incidentes curiosos, sobre alguno de los cuales queremos insistir,

porque da á conocer con toda exactitud el carácter de los individuos que la revolucion social eleva al rango de los hombres públicos. En la capilla del cementerio habia un crucifijo que demostraba hasta la evidencia ser aquel local de propiedad católica; la municipalidad ordenó que fuese trasladado á la iglesia parroquial, de donde algunos vecinos volvieron á llevarlo al cementerio. La municipalidad acordó entónces que se denunciase como bien de dueño desconocido, y uno de sus miembros, fondista de profesion, propuso al municipio que fuese depositado el crucifijo en su casa, donde él destinaria una pieza decente para este objeto. «¿Pero se pagará á Vd. la hospitalidad del crucifijo?» le interrumpió diciendo uno de sus colegas. — Sí, por cierto, » repuso con aplomo el proponente..... Asombro causa al entendimiento y en la razon dejan impresiones dolorosas los trastornos que producen en los pueblos esos cambios violentos que de vez en cuando realiza la revolucion. Los hechos que acabamos de enumerar son de esta naturaleza y presentan el repugnante espectáculo de la anarquía enseñoreada del poder y estampando en los negocios públicos la triste huella de sus consecuencias funestas. Pero la justicia y la ilustracion levantan su grito penetrante para condenar á los hombres que proceden de esta manera, arrojando cada día nuevas manchas sobre la crónica del linaje humano. Y miéntras que los rojos de Honda discutan cuestiones como las del crucifijo, los intereses vitales del pueblo que la ley confia á su cuidado permanecian en completo abandono, ¡porque no habia medios para atenderlos! No hay puentes, no hay caminos, no hay escuelas, no hay

hospitales, no hay hósprecios, no hay casas de educacion, y los liberales, diputados por el pueblo para promover todos esos artículos de vital interes para ellos, malogran el tiempo en cuestiones como la del crucifijo.

A la vista de todos están las imponentes ruinas del hospital que sostuvieron en Honda los PP. de San Juan de Dios, las cuales demuestran en sus vastas proporciones la capacidad y las conveniencias del asilo que allí ofrecia á los pacientes la caridad cristiana. Pero ese hospital cayó, los árboles han nacido en los que fueron salones para enfermos, y las celdas que habitaron los religiosos sirven de guarida á las víboras venenosas que allí se multiplican á millares. En un lugar tan enfermizo como Honda, ningun establecimiento es tan necesario como este, y, sin embargo, los liberales que rigen los negocios de la poblacion ¿qué han hecho por los pobres? ¿qué han hecho por los que sufren? El hospital está reducido á una pequeña sala de un arruinado colegio de jesuitas, y en ella yacen los desgraciados á quienes su absoluta falta de recursos obliga á mendigar un puesto en el único asilo que la beneficencia de la municipalidad de Honda ofrece á la indigencia y al dolor, abandonados á su desgracia, gimiendo en vano por una mano caritativa que les conceda los auxilios que echan de ménos para su alivio. Un negro es el encargado del hospital y el único tambien que visita á los pobres moribundos que ordinariamente lleva allí la fiebre pútrida, tan comun en los climas ardientes y malsanos.

Ni es mas ventajosa la suerte de la escuela. ¡Cosa increíble! Una sola existe en todo el pueblo, y su local

está también entre ruinas. Pero allá las ruinas de la Compañía servían al ménos á un objeto religioso, á un establecimiento de caridad, mientras que el convento de San Francisco y, lo que es peor, su iglesia veneranda estaban destinados á la vez á usos diversos y opuestos entre sí, porque durante el día se hacía servir al templo de escuela y de noche se representaban en él comedias. ¡Pero qué escuela! Me acerqué en una ocasión á ver el libro en que ejercitaba la lectura uno de los muchachos y vi... ¡el *Diablo Cojuelo*! La indignación se apoderará leyendo estas líneas de todo hombre que aprecie en su valor la dignidad humana, de todo hombre que respete la moral y reconozca los fueros de la inocencia: no lo dudamos. No es ya la religión, cualquiera que sea, la que alza tremenda un grito contra los que así corrompen el corazón de los niños, ni es la fe solamente la que condena á los perversos que extravían los pasos de los que fueron confiados á su cuidado; no, la sociedad entera, todos los hombres de bien piden á voces se les castigue como públicos corruptores, como traidores y como propagadores de la más execrable de las doctrinas, la de la inmoralidad. Esto pasaría desapercibido en Honda, no lo dudamos, pues ningún celo, ningún empeño mostraban esos hombres, « tipo del exaltado liberalismo neo-granadino, » por nada de lo que contribuye al progreso de su país y á la felicidad de sus conciudadanos. Esta escuela es sin embargo la única municipal que existe en Honda y á la que los padres mandan á sus hijos para que aprendan la moral y adquieran los conocimientos que los forme ciudadanos útiles y buenos padres de familia. ¡Diga cual-

quiera si con la moral que inculcan libros como el *Diablo Cojuelo* podrán conseguir su objeto!

Las vastas ruinas de San Agustín se dejan contemplar á distancia de la ciudad de Honda como el vasto cementerio fundado en medio de un campo desierto; vi palmas hermosísimas elevarse de entre los derruidos muros, como bellísimo símbolo de la constancia, de la fortaleza y de la caridad que distinguió á los austeros habitantes del instituto de los descalzos. Considerando el conjunto de tantas ruinas de templos, conventos y hospitales; caminando por calles hoy desiertas y cuyos edificios arruinados acreditan que en otro tiempo fueron habitaciones de hombres opulentos, y observando el conjunto de objetos diferentes que ofrece Honda, se conoce su importancia de otro tiempo y su decadencia y atraso actual. Pero la animación que principia á sentirse en el comercio del Magdalena restituye su importancia á esta ciudad, que, teniendo á su cabeza buenos gobernantes, podrá llegar á recuperar sus riquezas de otro tiempo.

En Conejo tomamos un vapor que nos debía llevar al pueblo de Calamar navegando por el caudaloso Magdalena, y, en efecto, emprendimos esa navegación que poco antes de ahora se hacía en canoas y á merced de los negros que hostilizaban á los viajeros con exacciones, engaños y mil procederres villanos. Un granadino que veía por primera vez un vapor, esa magnífica invención del hombre que pone en contacto estrecho á pueblos remotos entre sí, al ver la belleza del buque, el aseo de los gabinetes, la elegancia de sus decoraciones y la rapidez con que marchaba esa gran máquina, arrebatado de cierto furor, exclamaba

como un loco en medio de los pasajeros : « Vengan aquí cuantos dicen que la Nueva Granada está atrasada, digan si las aguas de sus rios cortadas por esta *expresion de la civilizacion moderna* no revelan el inmenso desarrollo que han producido en su seno sus leyes liberales. » Un francés que le oyó : « Atienda Vd., le dijo, á la bandera que lleva este vapor, que no es granadina, sino inglesa. — ¿ Pero quién da impulso á la empresa, replicó aquel, sino el dinero de los granadinos que viajan ? » Si esa fuese regla para juzgar, entónces ningun país que tenga rios navegables podrá llamarse hoy atrasado, pues que en todos se navega por vapor, gracias á las empresas de los especuladores europeos.

Las riberas del Magdalena, cubiertas de bosques espesísimos, no presentan ordinariamente otra fisonomía que la de esos árboles gigantes que se suceden sin interrupcion y la de sus pacíficos habitantes que jamas son inquietados en la posesion de sus guaridas ni perseguidos en el bosque por los hombres. Estos son los monos que en bandadas numerosísimas recorren las selvas, son los papagayos de diversas especies y de rara hermosura, y tambien los tigres, las panteras y otros animales feroces, conocidos solamente de los indigenas que en ciertos puntos de aquella montaña infinita suelen á veces establecer sus cabañas para buscar en los bosques ciertas plantas medicinales cuya virtud saben y aplican en ciertos casos. Algunos pueblos miserables divisamos á la orilla del Magdalena alguna rara vez: sus habitantes, todos de color oscuro, habitan en chozas de madera ; el rio inunda en sus avenidas estos pueblos, y la

humedad produce fiebres y otras enfermedades que diezman sus habitantes. Uno de aquellos es Henáres; yo recorrí sus calles sucias, estrechas, cubiertas de lodo y en las que encontraba cierta analogía con las pequeñas aldeas de los turcos, en la falta de aseo, en los niños desnudos que retozan ya en las veredas, ya en la puerta de las habitaciones, y en otras circunstancias en que convienen estos pueblos miserables de Occidente con los pueblos tambien miserables del Oriente.

Mompos no es de esta condicion ; sus grandes edificios, sus templos numerosos, su fisonomía misma deja ver en ella una ciudad que tuvo un gran pasado, cuyo recinto fué el depósito de los artículos de comercio venidos de España para el consumo de todas las provincias del Magdalena, de Tunja y Bogotá, en cuyas arcas se derramaban ingentes caudales de oro, cambiados por mercancías europeas en las plazas de Antioquia y Ocaña, y en cuyos almacenes se depositaban el cacao, el tabaco y el café, venidos de Ambalema, de Neiva y de la Plata. Mas ese esplendor que daban á Mompos su comercio y sus riquezas pasó, no quedándole hoy mas que suntuosos edificios que se arruinan, templos inútiles desde que no hay quien los oficie, y conventos vacíos en cuyos claustros solitarios reinan el terror, la desolacion y el espanto. Un día ántes de nuestra llegada allí, habia servido Mompos de teatro á uno de esos sucesos que escandalizan al mundo y acreditan el malestar de los pueblos. Una parte de la poblacion amotinada se sublevó contra la autoridad y pretendió robar las casas de los ricos. Estos corrieron á las armas y rodearon al jefe de la ciudad, que se precipitó

sobre ellos y deshizo el movimiento con las balas de su artillería. Mas, por poco que se fijase, el que entraba entónces en Mompos tenia que percibir desde luego las trazas de la rebelion, el descontento y un desórden moral que promete para el porvenir males infinitos. En Ocaña, ciudad importante y no lejana de Mompos, aquellos sucesos habian tenido tambien lugar, pero en escala mucho mayor y con tristísimas y sangrientas consecuencias. En el vapor venia con nosotros un individuo que habia combatido con denuedo por el órden al lado de la autoridad, y yo vi á los negros y mulatos reunidos á la orilla del Magdalena dirigir á aquel ciudadano groseros insultos y amenazas, provocándole á que bajase á tierra. ¡Qué triste es presenciar escenas de esta naturaleza! Sin embargo, esos negros y mulatos « representaban, segun algunos, al pueblo soberano que con su fallo severo condenaba la conducta del gobernador de Ocaña, » ¡porque defendió las leyes é hizo observar los principios consignados en las instituciones vigentes! Estos son los frutos que produce la licencia en un pueblo ignorante y entregado á sí mismo, frutos ciertamente amargos para quien los saborea. Pero no es responsable de aquellos excesos esa plebe amotinada que aparece cometiéndolos; los que la mueven con discursos revolucionarios, los que excitan sus pasiones con el porvenir halagüeño que la hacen entrever, los que le presentan como fáciles los medios que causarán los trastornos á que la provocan, ved ahí los verdaderos responsables de tantos excesos que arrojan manchas feísimas sobre pueblos nuevos y llamados á figurar puros en la historia de las naciones. Los promovedores perpetuos de

revueltas han trabajado desde mucho tiempo atrás en las poblaciones del Magdalena, é inspirado en toda la gente de color las doctrinas desorganizadoras que ocasionan aquellos conflictos y obligan á la autoridad á ensangrentar su espada para evitar que los ciudadanos pacíficos é indefensos sean víctimas de pasiones furibundas y sus bienes presa de hombres voraces, á quienes se ha hecho creer que la fortuna de otros es el robo que perpetran en la sociedad unos pocos con perjuicio de todos los demas.

En el pequeño pueblo de Calamar dejamos el vapor, que continuó su viaje para Barranquilla, y nos dirigimos por otro rumbo á Cartagena. En un bote entramos al rio nuevamente para hacer una parte del camino que nos restaba; el patron y los remeros eran todos negros y oían atentamente algunas cuestiones sobre política que sostenia un granadino rojo con un frances napoleonista. Segun aquel, entre todas las instituciones de la república, ninguna era tan hermosa como la que tiene su base de gobierno esencialmente democrática, y da opcion á todos los ciudadanos para llegar á los altos puestos de la administracion. Los negros le oían, hemos dicho, y el patron dirigiéndose á los remeros les dijo : « Este hombre repite lo que nos predicán los rojos cada vez que quieren nuestros votos para triunfar en las elecciones. Por mi parte, nada les creo ya, porque nos han engañado muchas veces y nos engañarán siempre que nos hablen, porque no tienen fe en lo que prometen. » Segun el juicio de aquellos negros ningun gobierno era legitimo en Nueva Granada sino la monarquía ó la república democrática. « La monarquía, decia él, porque

entonces gobernaba uno que habia conquistado todos estos territorios y cuyo título era su espada. Vencido este, como lo fué, á todos corresponde elegir, porque todos somos ciudadanos igualmente, y tenemos derecho para expresar libremente lo que nos parezca bien ó mal, asi como para crear y deponer gobernantes. » Estas ideas inspiradas á personas rudas é ignorantes se encuentran á cada paso en boca de los labradores, bogas, artesanos, y en todos los que componen la multitud en la Nueva Granada. ¿Qué se ha querido con esto? A la vista está : los sucesos de Ocaña y de Mompos bien claro lo dicen, sin necesidad que nosotros lo repitamos; mas no nos cansaremos de proclamar que los hombres que se han impuesto la triste tarea de propagarlas no tienen patriotismo sino que ántes bien aborrecen el progreso de su país y desean hundirlo en el abismo.

El pueblo de San Estanislao me ofreció nuevos motivos para conocer el infinito desarrollo de esas ideas : encontraba á los negros y mulatos prevenidos por todas partes para hacerlas prevalecer alguna vez, y á la autoridad aislada, abatida, desprestigiada y sin elementos para llenar su noble mision de hacer observar las leyes y de dirigir segun estas á los ciudadanos. No seré yo quien podrá expresar las tristes impresiones que deja en el alma ese conjunto monstruoso, repetiré mejor con un sabio frances. «La Providencia es quien se encarga de mostrar á los pueblos en imágenes terribles y con lenguaje severo los males que les acarrearán los extravíos de los malos y los planes de los perversos. Y si esa demostracion es digna de un Dios que castiga á una nacion para preservar á un mundo, son

hombres quienes la provocaron con delitos de muchos años y hombres que en su empresa criminal y destructora se honraban á sí mismos con los títulos de sabios, filósofos y reformadores de la sociedad; hombres cuya impudencia filosófica y revolucionaria no pudo llegar á otro punto mas distante de aquel adonde llegó. Continuamente han repetido que son enemigos de la opresion, no obstante ser ellos los que entronizan con sus esfuerzos la tiranía, ellos los que sacrifican víctimas á millares, los que sublevan todas las pasiones, echan por tierra todos los principios y destruyen por su cimiento á la sociedad (1). » ¡Ah! que el llanto de las familias que abandonan su patria huyendo de los excesos con que la anarquía impunemente ultraja las personas y arrebató los intereses; las terribles matanzas de Palmira, Cali y Cartago, los ayes de las víctimas inmoladas en las poblaciones del Cauca son esa expresion formidable con que la Providencia confunde la ceguedad de unos pueblos para evitar el extravío de los demas.

(1) De Laharpe, *du Fanatisme dans la langue révolutionnaire.*

